

El pozo de Jacinto

La abuela le había advertido al nieto una mañana:

—Para la playa de Jobos tú no vas mientras yo esté con vida. Te puedes caer al Pozo de Jacinto y ahogarte.

7

Ella no hablaba de las corrientes traicioneras que se habían tragado a más de uno. Peor que esas aguas agitadas, peor que el ruido ensordecedor que hacían, eran los peñascos erizados a orillas del mar. Por los huecos que había entre las rocas, reventaban furiosamente chorros gigantes, más altos que los mismos peñones, cuya gruesa espuma alfombraba la arena más cercana.

De todos los respiraderos (así se llaman estos huecos), el Pozo de Jacinto era el más peligroso. —¿Y quién fue Jacinto? —le preguntó el nieto a la abuela.

8



Ella le contestó que nadie parecía saberlo con seguridad. Muchos habían querido inventar historias que explicaran, si no su vida, al menos, el incidente de su muerte. Unos decían que Jacinto era un ladrón sinvergüenza que tenía que acabar como acabó. Otros, que era un loco incurable que caminaba por la playa regalando cocos y pidiendo comida.

9

—¿Pero cómo murió? —insistió el nieto.

La abuela le respondió que se decía que, aprovechando la oscuridad de una noche sin luna, Jacinto agarró una vaca que pastaba a cierta distancia de la playa y la arrastró, apurado, para llevársela. Pero, como no veía por dónde iba, tropezó con los bordes afilados de una piedra, perdió el equilibrio y cayó por el hueco profundo del respiradero.

Algunos vecinos del lugar creyeron escuchar esa noche, a lo lejos, un grito espantoso.

Pasó algún tiempo sin que nadie se atreviera a hablar del trágico accidente, hasta la noche en